

ATLTZATZILISTLI: CEREMONIA DE PETICIÓN DE LLUVIAS

Lilián González *

La serie fotográfica que ilustra este número de *Diario de Campo*, dedicada a la ceremonia de petición de lluvias o *atltzatzilistli* que se celebra en la cumbre del cerro del Cruzco localizado en el pueblo de Acatlán, Guerrero, fue más el producto de un acontecimiento fortuito que de un deliberado interés académico o estético por registrar su gráfica visual.

Indagando sobre el comercio de cierta planta sagrada entre los diversos yerbateros que acompañan con sus puestos las ferias de los santuarios y fiestas patronales de los pueblos de la región norte de Guerrero, entablamos conversación con un viejo y desdentado yerbatero: don José García, que a pregunta expresa sobre su conocimiento de la planta, refirió con solemnidad y sigilo que ésta no estaba a la venta, pero que en un cerro cercano a su pueblo crecía y ante nuestro interés por conocerla sugirió que asistiéramos a una fiesta que se celebraba en su pueblo el día dos de mayo, fecha en la que él ascendería al cerro que ostentaba la planta.

El primero de mayo por la tarde acudimos a la modesta casa de don José en el pueblo nahua de Acatlán cercano a la ciudad de Chilapa. Él por supuesto, en su calidad de vendedor itinerante no recordaba el compromiso adquirido con nosotros meses atrás. A pesar de ello, se mostró dispuesto a que en la madrugada del día siguiente subiéramos el cerro para buscar la planta. Con asombro, colegí que la fiesta a la que se refería don José era el «*Atltzatzilistli*», ceremonia ritual de petición de lluvias que se celebra en el cerro del Cruzco y que es famosa en la región por sus vistosas danzas y «peleas de tigres».¹

El dos de mayo en la madrugada acompañamos a don José a dejar su ofrenda consistente en velas y cadenas de flores en las diversas cruces localizadas en el camino de ascenso al Cruzco. La primera cruz estaba situada en las inmediaciones del pueblo, la segunda se encontraba cerca de los campos de riego, la tercera en una cueva con agua, la cuarta en un lugar del cerro donde sus padres sembraban y donde se ahorcó su hermano, la quinta estaba montada sobre un peñasco de las faldas del cerro en el paraje de Tecalizco y mientras seguíamos «encumbrando» y depositando las ofrendas, se fue difuminando la esperanza de conocer la planta, ya que don José se mostraba cada vez más reticente con respecto a abordar el tema y ubicar su localización. En efecto, recién «encumbramos», don José se «perdió» entre los cerca de 600 acatlecos que se dan cita en las cruces ubicadas en la cumbre del Cruzco.

Hecha trizas la razón de nuestra visita al Cruzco, sólo restaba disfrutar de su experiencia estética. Para esa hora, las tres cruces de madera que se encuentran en la cumbre del cerro, otrora desnudas, desbordaban

exuberantes con cientos de cadenas de flores y pequeños paños bordados que los acatlecos devotamente ofrendaban colocando unos encima de otros hasta el punto en que la cruces ahora «vestidas», parecían deformes ante su «excesiva» carga. Al pie de las cruces, como si estuviera cercándolas, ardía el fuego provocado por cientos de candelas apiladas a su alrededor. Los hombres de morral, huarache y sombrero –campesinos en activo–, y las mujeres de rebozo y huaraches de plástico con sahumero en mano iniciaron una cadena de rosarios al pie de cada cruz; mientras el contingente de acatlecos proveniente principalmente del Distrito Federal, aparentemente se interesaban más por las «peleas de tigres» y los chicotazos al suelo ardiente que lanzaban los danzantes «tlacololeros».

Las peleas de tigres entre los *tecuanis* residentes en Acatlán y los provenientes del Distrito Federal eran inconfundibles porque éstos últimos habían reciclado su uniforme anaranjado del servicio de limpia del Departamento del Distrito Federal como traje de *tecuaní*, salpicándolo con las bolitas negras y el rabo propio de un «animal de uña» que caracterizan al atavío original. Entre los paisanos del lugar indagamos el porcentaje de acatlecos migrantes o propiamente defeños que se dan cita en el Cruzco, calculaban que éstos eran más de 50% de los asistentes al convivio, lo que confirmó una vez más, el fuerte protagonismo de los pueblos translocalizados en las fiestas de sus comunidades de origen.

Es difícil describir la gama de experiencias sensoriales que produce la intensidad estética de este *performance* colectivo saturado de color, de fervor, de producción de símbolos culturales y de íntima convicción de que la transacción que han realizado con las fuerzas de lo sobrenatural a cambio de agua, seguramente dejará a éstas tan satisfechas con su actuación, como a ellos de haber cumplido con su parte. Por lo que a mi respecta, una vez repuesta del impacto emocional y sensorial de la vivencia, no tuve más remedio que oprimir el botón de mi cámara fotográfica ante el prodigio y exuberancia de sus rituales agrícolas, refrendando año con año mi devoción por ellos.

Nota:

¹ Para mayor información sobre esta ceremonia ver: Marcos Matías, «Tlayolli: el pan de los indios en Acatlán, Chilapan de Álvarez, Guerrero», en: *Nuestro maíz treinta monografías populares*, Museo Nacional de Culturas Populares, D.F., T. I, pp 91-118, 1982 y en Ramón Calles, «Atltzatzilistli. Las ceremonias de petición de agua en Acatlán de Álvarez, Guerrero», en Marcos Matías (comp.): *Rituales agrícolas y otras costumbres guerrerenses (SigXVI-XX)*, CIESAS, D.F., pp 99-108, 1994.

*La doctora Lilián González es investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.